

ARTÍCULO XXVIII

DE LA INQUIETUD

Preciso es decir algo de la inquietud, pues no es puramente tentación, sino manantial de donde y por donde nacen muchas tentaciones. Es la tristeza un dolor que siente el alma por el mal que padecemos contra nuestra voluntad, ya sea mal exterior, como pobreza, enfermedad, deshonra; ya interior, como ignorancia, sequedad, tedio ó tentación. Así pues, cuando el alma advierte que padece algún mal, se apesadumbra de tenerle, y esto es lo que se llama tristeza; á ésto se sigue desear librarse de él, y hallar medios para ello. Hasta aquí tienes razón, porque es natural á todos desear el bien, y huir de lo que se cree mal.

Si busca el alma por amor de Dios los medios de librarse del mal, los buscará sin duda con paciencia, dulzura, humildad y paz, esperando verse libre más por la bondad y providencia de Dios que por su propio, trabajo, industria y diligencia; pero si es por amor propio se agitará y sofocará buscando medios, como si el remedio dependiese más de ella que de Dios. Yo no digo que así lo piense, sino que se afanará como si lo pensase.

Y si no encuentra luego aquello que desea, se llena de violentas inquietudes é impertinencias, las cuales lejos de remediar el mal antecedente, le empeoran; y así cae el alma en una aflicción y congoja desmesurada, faltándole el ánimo y las fuerzas, y pareciéndole que su mal no tiene ya remedio. Ve aquí como lo tristeza, que al principio es justa, produce inquietud, y la inquietud engendra después mayor aumento de tristeza, sumamente peligroso.

A excepción del pecado, no hay mayor mal para el alma que la inquietud; pues así como las sediciones y disensiones internas de una república la destruyen enteramente, y la dejan incapaz de oponerse á los extranjeros; así nuestro corazón, cuando está turbado é inquieto dentro de sí mis-

mo, pierde la fuerza necesaria para conservar las virtudes que había adquirido, y los medios de resistir á las tentaciones del enemigo, el cual hace entonces los mayores esfuerzos para pescar á río revuelto, como suele decirse.

Proviene la inquietud de un inmoderado deseo de librarse del mal que se padece, ó de alcanzar el bien que se espera; y con todo, la inquietud y desasosiego es quien más empeora el mal y aleja el bien, sucediendo lo que á los pajarillos, que al verse entre las redes y lazos, se agitan y baten las alas para salir; con lo cual se enredan cada vez más, y quedan presos. Por tanto, cuando quieras librarte de algún mal ó alcanzar algún bien, ante todas cosas tranquiliza tu espíritu, y sosiega el entendimiento y la voluntad; examina después poco á poco y con sosiego el origen de lo que apetece, empleando por su orden los medios que fueren oportunos. Pero cuando digo poco á poco, no quiero decir con negligencia, sino sin tropelía, agitación ni inquietud porque de otro modo, en vez de conseguir tu deseo, todo le echarás á perder, y te enredarás más y más.

Mi alma está siempre en mis manos, Señor, y yo no he olvidado vuestra ley, decía David. (Ps. CXVIII, 109). Examina muchas veces al día, ó á lo menos por la mañana y noche, si es que tienes el alma en las manos, ó si alguna pasión é inquietud la arrebató de ellas; considera si está sujeto á tu obediencia el corazón, ó si se huyó de tus manos para entregarse al inmoderado afecto de amor, de odio, de envidia, de codicia, de temor, de tristeza ó alegría; y si ves que anda descarriado, búscale inmediatamente, y tráele poco á poco á la presencia de Dios, volviendo á sujetar tus afectos y deseos al dominio y gobierno de su voluntad divina. Porque si lo que temen perder alguna cosa que aprecian mucho, la tienen bien apretada en la mano, también nosotros, á imitación de aquel gran Rey, hemos de decir continuamente: *Dios mío, mi alma se halla en peligro; por eso la llevo siempre en mis manos, y por este medio no he olvidado vuestra ley santa.*

No dejes que te inquieten los deseos, aunque sean ligeros y de poca importancia; porque si estos entran, después otros mayores y de más consideración encontrarán tu corazón ya dispuesto á turbarse y descomponerse. Cuando empiezas ya á inquietarte, encomiéndate á Dios, y propon no hacer nada de cuanto te pide tu deseo hasta que te pase enteramente la inquietud, á menos que sea cosa que no pueda diferirse, en cuyo caso es menester contener con esfuerzo pacífico y tranquilo la corriente del deseo, poniéndola y moderándola cuanto sea posible, y entonces ejecútalo como fuere razón, y no como lo deseas.

Si puedes manifestar tu inquietud al director espiritual, ó á lo menos á un amigo virtuoso y de confianza, cree que en ésto hallarás inmediatamente consuelo; porque la manifestación del corazón hace tanto efecto en el alma, como la sangría en el cuerpo del que está con calentura continua: es seguramente el remedio de los remedios. Por eso san Luis rey daba este consejo: *Si tienes algun disgusto en el corazón, díselo inmediatamente á tu confesor ó á otra persona virtuosa, y podrás soportar el mal con sus consuelos.*

ARTICULO XXIX

DE LA TRISTEZA

La tristeza según Dios, procura penitencia para la salvación; la tristeza del mundo da la muerte, dice San Pablo (II ad Cor. VII, 10); así que puede ser buena ó mala, según los diversos efectos que en nosotros causa. Verdad es que son más los malos que los buenos; porque estos son dos, es á saber, misericordia y penitencia, y los malos son seis, congoja, pereza, indignación, celos, envidia é impaciencia; por lo cual dijo el Sabio (Eccli. XXX, 25): *A muchos da muerte la tristeza, y no hay utilidad en ella;* pues por dos arroyos buenos que nacen del manantial de la tristeza, nacen también seis muy malos.

De ella se sirve el enemigo para tentar á los buenos; porque así como procura que los malos se complazcan en su pecado, así también solicita que se entristezcan los buenos en sus buenas obras; y así como no puede procurar el mal sino mostrándole agradable, así le es preciso aparentar desagradable el bien para impedirle. Complácese el maligno en la tristeza y melancolía; porque él está y estará eternamente triste y melancólico, y quisiera que todos estuviesen como él.

La tristeza mala turba el alma, la llena de inquietud, ocasiona desordenados temores, causa disgusto en la oración, perturba y debilita la cabeza, deja el alma sin consejo, sin resolución, sin juicio y sin ánimo, abate las fuerzas; en una palabra, es como en un riguroso invierno, que marchita toda la hermosura de la tierra, y entorpece á todos los animales, porque la tristeza quita al alma su dulzura, y la deja como paralítica privada de todas sus facultades.

Si te vieres, alguna vez, Filotea, herida de esta dañosa tristeza, practica los remedios siguientes: *¿Está triste alguno de vosotros? ore,* dice Santiago (c. v, 13): la oración es admirable remedio, pues en ella se eleva el espíritu á Dios; nuestra única alegría y consuelo; pero en esta oración has de usar afectos y palabras de confianza y amor de Dios, ya sean interiores, ya exteriores, como por ejemplo: *¡Ó Dios de misericordia! Dios mío, suma bondad, benigno Salvador mío, Dios de mi corazón, mi alegría, mi esperanza, amado Esposo mío, querido de mi alma;* y otras expresiones semejantes,

Oponte con eficacia á las inclinaciones que produce la tristeza, y aunque parezca que en estas ocasiones todo lo haces con fragilidad, caimiento y laxitud, no lo dejes por eso, porque el enemigo, que con la tristeza pretende debilitarnos para las obras buenas, cuando ve que no por eso dejamos de practicarlas, y que son más meritorias, porque las hacemos con más repugnancia, deja entonces de afligirnos.

Entona cánticos espirituales, que muchas veces con este medio se ha estorbado la tentación del maligno: de que es buen testigo el espíritu que rodeaba ó poseía á Saúl, cuya violencia se reprimía con la salmodia.

También es bueno emplearse en obras exteriores, variando entre ellas lo más que se pudiere para apartar al alma del objeto triste, y purificar y acalorar los espíritus; porque la tristeza es pasión que nace de la complexión fría y seca.

Practica actos externos de fervor, aunque sea sin gusto, abrazando la imagen de Cristo crucificado, apretándola contra el pecho, besando sus ojos y sus manos levantando tus ojos y tus manos al cielo, hablando con Dios con expresiones amorosas y confiadas, como estas: *Mi amado para mí, y yo para él* (Cant. II, 16) *Manojito de mirra es para mí mi amado: quedará siempre entre mis pechos.* (Ibid. 1, 12). *Desfallecido han mis ojos, diciendo: ¿cuándo me consolaréis?* (Ps. CXVIII, 12). O Jesús sed para mí Jesús: viva Jesús, y vivirá mi alma. *¿Quién me separará de la caridad de Dios?* (ad Rom. VIII, 35), y otras semejantes.

Buena es también contra la tristeza la disciplina moderada; porque esta voluntaria aflicción exterior alcanza la interior consolación, y con el dolor exterior que siente el alma se divierte del interior. La frecuencia de la santa comunión es excelente: porque este pan celestial confirma el corazón y alegra el espíritu.

Descúbrelé con humildad y sinceridad á tu confesor y director todos los pesares, afectos y tentaciones que te ocasiona la tristeza; conversa con personas espirituales, frecuentando en semejantes ocasiones su trato cuanto puedas, y por conclusión de todo resígnate en las manos de Dios, disponiéndote á sufrir con paciencia la molesta tristeza, como justo castigo de tus vanas alegrías, y confía que Dios, después de haberte probado, te librárá de este mal.

ARTÍCULO XXX.

DE LAS ARMAS CONTRA LAS TENTACIONES

La vida del hombre, como dice el santo Job, es guerra, y de enemigos que no los vemos, y ellos nos ven, ventaja conocida, que nos llevan, si no la recompensa, nuestro continuo desvelo: no duermen, ni comen, ni se cansan, ni descuidan, ni dan treguas; pues entre estos enemigos un cristiano, que es un soldado de Cristo, andar sin armas, es ir á que lo maten; linaje sin duda de locura es despreciar así la vida del alma, que tanto vale: y por tales son tenidos justamente los que sin armas de consideración ni avisos de su capitán y guía espiritual, se atreven á palear con enemigo ejercitado y prevenido. Para reparar este daño, y que no dejen la batalla por falta de armas, he recogido las siguientes:

LA PRIMERA, *estar cierto que ha de tener tentaciones*, para que no se descuide, sino que en tiempo de paz se prevenga, y no le coja desapercibido el enemigo, que es todo lo que él desea, descuidarlos, como si siempre hubiesen de gozar de paz. Este es el consejo del Eclesiástico, cap. 2. *Hijo, en llegándote al servicio de Dios, prepara tu alma para la tentación.*

LA SEGUNDA, y más provechosa es *obligarse uno á hacer un acto de amor de Dios en advirtiendo que entra la tentación*, ahora sea deshonesto, ahora de soberbia, ó de blasfemia, ó de escrúpulos, ó de otra cualquiera sugestión del demonio, y burlándose de él diga: *Servid de algo, ya que venís á mi casa; servireisme de despertador, para amar á Nuestro Señor*, que por eso san Pablo le llamó *aguijón*, que hace andar hacia Dios; y lo que el demonio trae para matar, viene á ser de vida y provecho al alma, y los demonios se amedrentan, y temen de venir á tentar, viéndose hechos, con esta industria, des-

pertadores del alma descuidada en el amor de Dios; y de camino con esta buena costumbre se hace un efecto importante, que es dividirse el alma de la imaginación fea, *donde la quisiera tener Satanás atada y atenta*, y húyese á Dios, que es un dulce refugio y eficacísimo remedio para vencer; porque mejor es apartarse uno del lugar donde está apuntada la artillería, que no resistirla con buenos pertrechos y defensa, pues forzosamente le han de estremecer y sobresaltar, y alguna vez poner en peligro.

Váyase, pues, á amparar de Dios con actos amorosos, como decir (1): «Cúmplase tu voluntad como en cielo. Gloria á Dios en las alturas. Venga á nosotros tu reino. Gloria á tí, Señor, que naciste de la Virgen. Toda la tierra te adore y te alabe», con otros actos semejantes; con tal, que el uno de estos actos sea siempre el primero, porque aprenda á decirlo sin reparar, aunque le coja la tentación descuidado: y si porfía, váyale diciendo los demás actos, como se le fueren acordando. Y pues no se cansa este perro de mordernos; no nos cansemos de pelear con él, darle pesar, y abrasarlo.

LA TERCERA es, *tener amor tierno con Nuestra Señora, y confianza de hijo á madre*, en tanto grado, que le parezca imposible lo deje vencido, y morir en la batalla. Esta devoción con la Virgen es el rocío de aquellos tres mozos, que en las llamas del horno de Babilonia les defendió del fuego, les recreó y les sacó tan limpios y enteros, que la llama, ni les contristó, ni les hizo molestia alguna. En silbando, pues, este milano, acójase como pollo á las alas de su madre la Virgen, y habiendo hecho primero su acto de amor de Dios, si no se apaga la tentación, aprovéchese de una de estas palabras: (2) «Muestra que eres nuestra Madre: debajo de tu amparo nos

(1) Fiat voluntas tua. Gloria in excelsis Deo. Gratias agimus tibi propter magnam gloriam tuam. Adveniat regnum tuum. Gloria tibi Domine, qui natus es de Virgine. Omnis terra adoret te, psallat tibi.

(2) Monstra te esse Matrem. Sub tuum praesidium confugimus Sancta Dei Genitrix. Maria Mater gratiae, Mater misericordiae, tu nos ab hoste protege.

acogemos, Madre de Dios. María, Madre de gracia, Madre de misericordia, ampáranos de nuestro enemigo», con otros semejantes, que hallará en las horas de Nuestra Señora.

LA CUARTA arma, es la de san Pablo: *Fiel es Dios, que no permitirá más peso de tentación de lo que podéis llevar*; y no sólo eso, sino que con una mano permite la tentación, y con otra da fuerzas para llevarla; y así debe responder á su Majestad, cuando más aprieta la tentación, con agradecimiento de que le fie aquella menor astillica de su cruz, conformándose con su santísima voluntad, y mirando qué es lo que pretende Dios en dejarle tentar: que es obligarle á fuerza de trabajos á venir á sus brazos, pedirle socoro, hacer experiencia de lo mucho que tiene en Dios.

LA QUINTA arma es, *la memoria de nuestras postrimerías*, conforme está escrito: *Acuérdate de tus postrimerías, y eternamente no pecarás*. Es arma muy poderosa contra los deleites sucios de la carne, contra la gloria mentirosa del mundo, y contra la sed insaciable de riquezas. De cada postrimería tenga una palabra señalada, que le acuerde una vez la muerte, como es ésta: *Oh muerte, cuán amarga es tu memoria al hombre, que tiene paz en sus riquezas!* Otra del juicio, como es ésta: *Ite, maledicti, in ignem aeternum*. Idos de mí, malditos, al fuego eterno; que es la setencia del juicio final contra los malos. Otra del infierno, como es ésta: *In inferno nulla est redemptio*. En el infierno no hay redención, y repetir: *Nulla, nulla redemptio*. Y porque pueda el tentador hacer olvidar todas estas verdades, quitándolas de la vista al tiempo de la batalla, con el mucho fuego, humo y estruendo de la artillería, *es menester ejercitarlas de continuo en el tiempo de treguas*, para que la costumbre se las recuerde.

LA SEXTA arma es, *humillarse luego reconociéndose por digno de aquel, y otros trabajos mayores*.

Diga las palabras del buen Ladrón (1): «Ciertamente, Señor, que nos viene justamente esta tentación, y que lo merecen bien nuestras culpas.» Por estas palabras humildes le recibió Cristo en la cruz, y nos recibe también á nosotros para no nos dejar caer en la tentación. Las del publicano son muy propias (2): «Señor, ten misericordia de mí pecador.» La fuerza de esta arma consiste, que como la soberbia es la fuente de estos pensamientos altivos, ó sucios, etc., cualquier acto de humildad detiene su corriente, y rebate al enemigo, *porque derechamente las tentaciones son peso que Dios permite cargue en el corazón liviano, para que se hunda dentro de su miseria*, y busque el remedio en Dios.

LA SÉPTIMA arma es, *la memoria de los beneficios de Dios*, y fortísima para un corazón noble, que le imposibilita á consentir en pecado contra un bienhechor tan insigne como Dios; y dice al demonio lo que José dijo á su ama cuando le incitó al mal (3) «¿Cómo puedo yo hacer esta injuria á mi Señor?» ¿Cómo puedo pecar contra mi Padre, mi Creador, mi Redentor, mi conservador etc?

LA OCTAVA: *Guardarse de ocasiones*, que el recato es arma fortísima, por la parte que nace de conocimiento de sí mismo, y su vileza, que es luz y verdad; y el entrar en ella es confianza vana de sí y tinieblas, y así es cierta la caída, como está escrito (4): «El que ama el peligro, se perderá en él.»

LA NONA: *No tome á las tentaciones por castigos, que no siempre lo son, y cuando lo son las ha de tener por mercedes*. Porque con ellas le obliga Nuestro Señor á irle á pedir socorro, y á hacer penitencias, y saber que vive entre enemigos, con otros mil bienes, que sabe Nuestro Señor sacar de las tentaciones: por donde dice el Espíritu Santo: *El que no es tentado, ¿qué sabe?* Los

(1) Nos quidem juste, nam digna factis recipimus. — (2) Domine propitius esto mihi peccatori. — (3) Quomodo possum malum hoc facere? — (4) Qui amat periculum, peribit in illo.

Santos fueron tentados, y el santo de los santos, Cristo Señor nuestro, y á los justos se las envía por el amor que les tiene. A Tobías le dijo san Rafael: (1) «Porque eres agradable á Dios, fué necesario que te probase la tentación.» A san Pablo le dió estímulo de la carne para apurar la virtud del Apóstol, después de haber estado en el tercer cielo; y así estímelo por favores, y llénese de gozo, como manda Santiago (2) «Todo gozo pensad, hermanos, que está en tener varias tentaciones.»

La DÉCIMA es *dar cuenta de sus tentaciones á su Padre espiritual*, que se ven efectos milagrosos, é instantáneos, por fuerza de aquel acto de humildad; y Nuestro Señor estima tanto que se declaren con su ministro, que luego se encarga su Majestad de la defensa. Como el demonio sabe esto, con todas sus fuerzas y embustes le procura estorbar, porque á solas con el alma, aunque sea muy ejercitada, tiene gran poder; mas acompañada del consejo y armas de su guía, es vencido. Por esto dijo el Espíritu Santo (3): «¡Ay del solo, que si cae, no tiene quién le dé mano!»

La UNDÉCIMA es *la general de oración y mortificación de pasiones*, que juntó Cristo cuando dijo (4): «Este linaje de demonios deshonestos no se hecha sino con oración y ayuno.» Entendiendo por ayuno toda penitencia: un ratico de oración cada día, es un continuo armarse de luz y fuerza para esta batalla continua, y de la oración nacen los deseos de mortificar las pasiones, con que van vencidas las tentaciones.

La DUODÉCIMA es arma ofensiva: *Hanse de tomar de memoria las palabras de la sagrada Escritura que más ofenden al demonio y más burla hacen de él*. Yo recogeré aquí algunas, y por éstas sabrá tomar

(1) Quoniam acceptus eras Deo, necesse fuit, ut tentatio probaret te.

(2) Omne gaudium existimate, fratres, cum in varias tentationes incideritis

(3) ¡Vae soli! quia cum ceciderit, non habet sublevantem se.

(4) Hoc genus daemoniorum non ejicitur nisi in oratione, et jejunio.

otras semejantes el que entra á pelear con estos dragones. Y adviértote, que les pierda el miedo, y les trate con imperio; pues les acomete en nombre de Cristo, su capitán y rey, y tiene por fe, que estos perros están atados á no más de lo que Nuestro Señor les permite hacer.

La primera palabra y piedra ofensiva, es la batalla con San Miguel, cuando el dragón pretendió ser como Dios, y no quiso adorar, ni tener por Rey á Cristo Señor nuestro, y San Miguel le venció, diciendo: *¿Quis sicut Deus?* ¿Quién como Dios? y le derribó al infierno. Cuando le siente venir á la imaginación, con torpezas, vanidades y venganzas, dígame: *¿Quién como Dios, perro?* que como es tan bachiller, y le duele tanto, luego le entiende.

La segunda de las burlas que hace de Lucifer Isaías, en el cap. 14, diciéndole (1) (Tomo del Texto sagrado las palabras que nos importan, aunque no están consecutivas, y quieren decir): *¿Cómo caíste del cielo, Lucifer, que saliste tan de mañana? Y decías en tu corazón: subiré al cielo, y sobre las estrellas pondré mi trono; mas no será así, sino que bajarás hasta lo profundo del infierno, tu soberbia ha sido derribada hasta los infernos.*

La tercera, la severidad de Ezequiel con que le reprende, cap. 28 (2): *Cualquiera de estas palabras bastará para lastimarle, que también van entresacadas del texto, y en romance dicen:* «Tú eres el sello de las criaturas, perfecto en tu hermosura, estuviste en las delicias del paraíso celestial, cubierto de piedras preciosas, andabas como príncipe entre los carbunclos del cielo; acabado en todo saliste de las manos de Dios desde el ins-

(1) Quomodo caecidisti de coelis Lucifer, qui mane oriebaris? Qui dicebas in corde tuo, conscendam in coelum; in infernum detraheris, in profundum lacu, detracta est superbia tua usque ad inferos.

(2) Tu signaculum similitudinis, plenus sapientia, et perfectus decore, in deliciis paradysi Dei fuisti omnis lapis pretiosus operimentum tuum. Y luego: In medio lapidum ignitorum ambulasti, perfectus in viis tuis a die conditionis tuae, donec inventa est iniquitas in te, repleta sunt interiora tua iniquitate, perdidisti sapientiam tuam in decore tuo, etc. Producam ergo ignem de medio tui.

tante de tu creación hasta que se halló en tí la malicia de tu pecado, y se llenaron tus entrañas de maldad; y desvanecido con tu hermosura, perdiste la sabiduría; yo encenderé fuego dentro de tí mismo.»

La cuarta, el gozo de los bienaventurados, cuando vieron echado al dragón del cielo por su soberbia, como lo refiere San Juan en el Apocalipsis, cap. 12 (1): «Y fué echado el dragón grande, serpiente antigua, llamado diablo y Satanás. Ahora se ha fortalecido el reino de nuestro Dios, por haber quedado sus leales vasallos firmes en Dios, y con salud eterna. Por eso alegraos, cielos, y todos los que vivís en ellos.»

La quinta, la maldición que han de oír con los demás condenados el día del juicio de la boca de Cristo: adelántesela, que le da mucha pesadumbre oír de boca de unas hormigas (2): Idos de mí, malditos, al fuego eterno.»

La sexta, la reprensión de Cristo á los Apóstoles, cuando venían contentos, que los demonios se les sujetaban, les dijo (3): «Yo veía á Satanás caer como un rayo del cielo.» Tórnensele al dragón á la memoria muchas veces.

La séptima, la verdad con que los humildes le dicen que él es mejor que ellos, lo confunde porque ven que si Dios le hubiera hecho las mercedes que á nosotros, si por ellos hubiera encarnado, muerto, y esperádoslos fueran mejores y más agradecidos, y esto lo dicen con aquellas palabras de Cristo (4): «Si en los gentiles, y añade, si con los demonios se hubieran hecho los remedios que en tí, hubieran hecho penitencia.»

La octava, la exhortación de los sencillos, es arma

(1) Et projectus est Draco ille magnus, serpens antiquus, qui vocatur Diabolus, et Satanus. Y dijeron: Nunc facta est salus, et virtus, et Regnum Dei nostri; propterea laetamini, coeli, et qui habitatis in eis.

(2) Ite, maledicti, in ignem aeternam.

(3) Videbam Satanam tanquam fulgur de coelo cadentem.

(4) Si in Tyro, et Sidone racta fuissent virtutes, quae factae sunt in te.

de fuego contra ellos, exhortándole á arrepentirse y á que haga un acto de contrición: *Di, perro, pues eres pecador como yo, Señor mío Jesucristo, etc.*

La nona, tomar en nombre de Cristo imperio sobre el demonio, echarlo con la misma palabra con que le arrojó de sí mismo el Señor, cuando le tentó en el desierto (1): «Vete, Satanás; á tu Dios y Señor solo adorarás.»

La décima, es una justa venganza de las injustas molestias que nos hace, dando gracias á Nuestro Señor por el pago que le ha dado á su soberbia, y así le dice: *Calla, que cuando comulgue yo, ofreceré la sangre de Cristo en acción de gracias, que te ha echado en el infierno; bendito sea el que así ha castigado tus maldades.* Con esto se atemorizan estos dragones y tienen gran miedo de venir á tentar á los que no les tienen miedo, antes se alegran con la batalla, viendo que en virtud de Cristo su capitán salen siempre vencedores y muy medrados en sus almas de estos encuentros con sus enemigos.

Armado ya el caminante, es necesario darle avisos de los caminos torcidos, porque no se deje ir por ellos, y de las emboscadas que le esperan para robarle, y de los malos pasos para que sepa como ha de salir de ellos, y así van en el capítulo siguiente.

ARTÍCULO XXXI

DE LOS AVISOS NECESARIOS PARA NO FALTAR EN EL CAMINO DE LA PERFECCIÓN

1. Rodéase mucho en este camino de oración, *cuando no entra el alma desinteresada con Dios, sin pretender de su Majestad, ni sus regalos, ni sus luces, quietudes, revelaciones, etc.*, antes es medio encontrado con estos favores, por faltar luz y conocimiento

(1) Vade, Satana, Dominum tuum adorabis, et illi soli servies.

del estilo y condición de Dios, que es darse sin medida á quien no pretende consuelos ni regalos en servirle; y así se ataja mucho en llevar derecha y pura la intención de agradar á Dios en todos sus ejercicios, ahora con sequedades, ahora con regalos.

2. Advierta mucho en reconocer y discernir por cuantos medios y modos pudiere, *la diferencia grande que hay de nuestro apetito racional, y del espíritu á la sensualidad*, procurando dividirse, en cuanto pudiere, á sí mismo en dos personas, que son aquellos dos contrarios que interiormente causan esta guerra civil, y están siempre á matarse sin tener una hora de paz, porque de esta división nacen grandes luces para pelear bien la batalla interior, desembozar y ver la cara al enemigo doméstico. y para estimar los actos puramente *espirituales* no haciendo fundamento en cosa *sensible*, aunque sea muy buena, porque no es firme, como cimiento que es siempre de arena y más mudable que ella, con que cesan infinitas ignorancias, trabajos y tristezas, pensando que van mal cuando no tienen devoción sensible, ni consuelo en sus ejercicios espirituales, y por esta causa se dejan caer.

3. Entre bien resuelto en *no mirar para servir á Dios en ganas ni desganadas de la naturaleza*, porque no se le vaya en comenzar y dejarlo sin perseverar en sus ejercicios, porque no perseverarán las ganas ni los fervores primeros, y así falta en sus propósitos. Es la carne muy perezosa y muy mal inclinada, muy encontrada con la luz y libertad del alma; y raras veces son las que siente gana ni aliento en las obras de virtud, y menos en las penas que son contra ella; cobre, pues, su imperio la razón, hágala servir al espíritu con imperio despótico, y andará mucho, *porque no se anda sino cuando se hace fuerza á la sensualidad.*

4. Sepa luego en entrando, *que hacienda quiere Dios que hagan los que entran á servirle de veras*; porque no se quebrante en hacer lo que no le mandan y